

E-57-
ROMERO

REMIGIO ROMERO LEON.

REFLEXIONES

para la

PREHISTORIA DE GUAYAQUIL



1918

Cuenca--Ecuador.

Tip. de la Universidad.

Envío del autor

Llegó el 8 de Mayo de 1918

REFLEXIONES

para la

PREHISTORIA DE GUAYAQUIL

En testimonio de cordial adhesión y de fraterna solidaridad para con los escritores guayaquileños, a quienes supongo en la hora presente generosamente empeñados en compaginar su *Historia solariega* —la historia de esa porción querida de la Patria ecuatoriana, donde vive ahora un pueblo noble en sus aspiraciones y grande en sus empresas— correspondiendo así al llamamiento hecho por la honorable Junta del Centenario, en el Concurso promovido para que se escriba la Historia de Guayaquil; para esos escritores tan aplaudidos y tan admirados por mí, que hoy han de estar tan afanosos en la búsqueda de documentos, en el examen de datos, en la comprobación de hechos, en fin, en la investigación técnica de lo que se llama proceso histórico; voy a arrancar de mi cartera de aprendiz

de historiógrafo, unas apuntes relativas al significado de las voces gentilicias indígenas, cuya vulgarización la juzgo oportuna, siquiera sea para plantear problemas que, necesariamente, debe preocuparles si se proponen llenar los altos fines de la Historia como ciencia, como filosofía de la vida etnárquica y como fundamento de la moderna Sociología-psicológica.

La Lingüística en cuanto compara idiomas y cataloga *raíces* (el *ovo*, la célula primitiva, el elemento inalterable del habla), para agrupar las castas o las razas, o en cuanto rastrea la semántica y lo idiomático de las lenguas para depurar el dato humano que compruebe el documento de la crónica o de la tradición, es uno de los auxiliares poderosos de la Historia.

Las interpretaciones fonéticas y todo lo que se apoya en lo morfológico de las lenguas, las etimologías sin fundamento histórico y todo lo que no resulta de la comparación científica de los idiomas, las acepciones rebuscadas que se dan a las voces, tal vez con ingeniosa habilidad, pero sin relación a la idiosincracia de los pueblos, deben desecharse naturalmente como perjudiciales a la ciencia; mas, todo lo que se encierra en las disciplinas técnicas, todo lo que se deduce lógicamente de antecedentes comprobados o de verdades demostradas, debe ser tomado en cuenta, no sólo por lo que vale como esfuerzo del

pensamiento, a cuya voz omnipotente se levantan, muchas veces, las razas muertas, sino además como producto necesario que sirve de crisol a nuevos productos de la investigación, sin cuyo análisis no son posibles ni la verdad especulativa ni la certeza histórica.

Por ello, indicaré brevemente —sin entrar en detalles ni comprobación de citas— los documentos y los antecedentes en que apoyo mis interpretaciones de las voces *Huancavillca*, *Guayas* y *Guayaquil*.

Es verdad histórica plenamente comprobada por las crónicas castellanas y por los historiadores antiguos y modernos, que a los habitantes de la región que hoy ocupa la provincia del Guayas, se les conocía con el nombre de *Huancavillcas*, voz netamente quichua, es decir, nombre que debió ser dado por los Incas del Perú, cuando hacían las conquistas de los reinos y cacicazgos del Ecuador. Asimismo, es verdad comprobada que la comarca ocupada por los *Huancavillcas* se llamaba *Guayaquil*, *Guayas*, voces del idioma indígena indudablemente, y nombres gentilicios ya que como tales se nos han transmitido.

Debemos, también, recordar que los Incas designaban a los pueblos conquistados por ellos, valiéndose de apodos o

sobrenombres que expresaban alguna condición, calidad, defecto &, característicos; y así a los *cañaris* se les llamó *mati-umas*, por el aro de calabaza que usaban para el tocado, a los de Tulcán se les designó con el nombre de *quilla-cingas*, por la deformación de la nariz; de modo que *Huancavilca* es un apodo quichua dado por los Incas a los habitantes de Guayaquil.

Examinada la voz *Huancavilca*, se observa que está lijeramente adulterada, porque el empleo general de la *v* labidental (que no expresa el sonido primitivo) nace de la *u* según el proceso fonético de la lengua castellana, en que se nos ha dado la voz escrita; y por ello podemos afirmar que *Huancavilca* debió ser *Huancawilca*, o con más propiedad *Huanca-quilla*, esto es para que tenga significado propio y claro en la lengua quichua.

Y ¿esto por qué?—Porque los Huancawilcas eran los que escribían en los bastones. Cabello Balboa afirma que Huayna Cápac para hacer en Quito su testamento, escogió un bastón o cayado, y en él se trazaron unas rayas de diversos colores, escribiendo así su última voluntad, bastón que fue entregado a un quipo-camáyoc. Fundado en este dato y apoyado en otros documentos, nuestro ilustre historiador González Suárez conjeturó que los *Cañaris* eran quienes escribían en los bastones.

Yo apoyo la conjetura de nuestro sa-

bio historiador, porque Huayna-Cápac que había nacido en Tomebamba, esto es, en la sección territorial de Pízar de la nación Cañari, debió naturalmente conocer esa forma de escritura y debió haberla preferido a los quipos al dictar su testamento, como adhesión cariñosa a las costumbres de su tierra nativa; y como en mis estudios [que quizá algún día lleguen a publicarse] yo he encontrado identidad de raza entre los Huanca-quillcas y los Cañaris de Pízar, no sólo por la lingüística comparada, sino por la arqueología y la mitología; y como, además, descubro en el nombre quichua dado a los habitantes de Guayaquil un significado claro y preciso, no vacilo en sostener que los Huancavillcas o Huancaquillcas eran los que escribían en los bastones; pues *huanca* quiere decir en quichua, trozo de madera, cayado o bastón algo grueso, a modo de escámo o tolete, y *quillca* significa, escrito, escritura; de modo que *Huanca-quillca* vale tanto como los del palo o bastón escrito, *los que escribían en el bastón*.

Confirma, por otra parte, la interpretación que acabo de hacer de la voz *huancavillca*, el estudio de las voces *Guayas* y *Guayaquil*, que voy a hacer, sujetándome, como se verá, a las más severas disciplinas, porque concuerdan sus significados, en cuanto pueden concordar, esto es, tan sólo en una característica social,

y no en esa pasmosa conformidad en todo, de que tanto desconfían los hombres de ciencia, como que suelen ser el resultado de los esfuerzos de la imaginación. Por lo demás, como hasta hoy sólo en las excavaciones hechas en las regiones de Cáñar y Chúcar de los cañaris, se han encontrado sepulcros con objetos arqueológicos, y entre ellos no figuran los bastones escriturados, se confirmará definitivamente mi interpretación, llegando a la certeza absoluta, si alguna vez se encontrare en el territorio de Guayaquil o en el de Pízar los bastones, tan buscados, con rayas de colores.

Cuanto a las voces *Guayas* y *Guayaquil* observo que *Guayas* tiene la s castellana del plural de los nombres, y que la pronunciación originaria debió ser *Guaya*, palabra que tiene la conocida raíz, *ua* (hua, gua) que, además del significado maya, aparece en *Guapsay* (árbol de la altura), en *Guabo* (árbol frondoso), en *Guapdondéleg* (comarca de los árboles), &, & y también en la voz indígena de los Huancaquillas, *Guayacán* [el mejor del bosque, o acaso, árbol fuerte]; de modo que podemos interpretarla así: *gua*, árbol; *yá*, conjunto, reunión, es decir, *guayá*, significa bosque, arboleda, y debió ser llamado de este modo dicho lugar, en consonancia con el de *Puná* o *Puyá*, conjunto de arenales.

Respecto de la voz *Guayaquil*, apli-

cando el significado de *guayá* y advirtiendo que *ki* es el índice del presente de indicativo de la lengua maya, y sujetando esta flexión al artificio gramatical de las lenguas americanas, resulta que el sustantivo *bosque* convertido en verbo, tendría el significado siguiente: *los que son del bosque*; pero, desde que *guayá* es voz o palabra completa, me parece más lógico creer que *quil* no es una terminación, sino una palabra que se aglutina, y por consiguiente, que *Guayaquil* es voz compuesta.

Por tanto, *Guayaquil* debe interpretarse por *guayá-kil*, los que usan del bosque, de la madera; o por *quayá-quell*, los que habitan el bosque.

También *ki* es raíz bien conocida y dá los significados de *sol*, *fuego*, *luz*, que acaso pudiera aplicarse a la interpretación de *Guayaquil*; pero yo he preferido la más clara y la de más fácil demostración, afirmando que *Guayaquil* quiere decir *los que usan de la madera*; porque esto concuerda también con el uso que los Huanca-villcas o Huanca-quillcas hacían de la madera para sus embarcaciones, para sus taburetes o sillas, para sus bastones y centros y para otros utensilios (jarras dijes &); pues hay constancia de que sólo los Huancaquillcas y los Cañaris del sur [que tal vez se comunicaban entre sí por *Mulleturu*] han usado de la madera. En Cuen-

ca hay dos o tres muestras arqueológicas de este género, y la que yo poseo es traída de Guayaquil, donde se asegura haber sido encontrada por los años de 1830 a 1840.

Para terminar este breve estudio que quizá sirva siquiera para despertar la afición a esta clase de trabajos, debo indicar que, quienes no conocen las lenguas americanas, pueden buscar la comprobación de las citas y de los significados de las voces empleadas por mí, en los vocabularios que llamaré oficiales, porque han sido presentados en los Congresos de Americanistas y constan en la publicación de las actas respectivas; pues aunque poseo otros estudios de importancia indisputable, no he querido tomarlos en cuenta para ponerme al alcance aun de los menos eruditos; y con esto vuelvo a enviarles mi voz de aplauso y de aliento a los literatos de Guayaquil, especialmente a los que me honran con su amistad y con sus comunicaciones, prometiéndoles tratar, si Dios lo consiente, de castas y razas ecuatorianas, del escudo de armas de la noble ciudad de Guayaquil, como lo tengo ofrecido y de otras cosas importantes y amenas.

Remigio Romero León.